

Grandet tomó un gran pan redondo y bien enharinado é iba á cortarlo, cuando Nanón le dijo:

—Hoy somos cinco, señor.

—Es verdad, respondió Grandet, pero tu pan pesa seis libras y te sobraré algo. Por otra parte, ya verás qué poco pan comen esos jóvenes de París.

—Pero comerá bodrio, dijo Nanón.

En Anjou, bodrio es el acompañamiento del pan, desde la manteca extendida sobre éste, que es el bodrio más vulgar, hasta el dulce de albérchigo, que es el bodrio más distinguido; y todos los que en su infancia lamieron el bodrio y dejaron el pan, comprenderán la importancia de esta locución.

—No, respondió Grandet, esa gente no come ni bodrio ni pan. Son casi como damiselas.

Por fin, después de haber cortado mezquinamente la ración cotidiana, el avaro iba á encaminarse al cuarto de las frutas y á cerrar su despensa, cuando Nanón le detuvo para decirle:

—Señor, entonces deme usted harina y manteca, y haré una torta para los muchachos.

—¿Quieres tirar la casa por la ventana porque ha venido mi sobrino?

—En este momento pensaba tanto en su sobrino como en el perro. Pero ¿no ve usted que me ha dado seis terrones de azúcar? necesito ocho.

—¡Caramba! Nanón, nunca te he visto como hoy. ¿Qué te pasa? ¿Eres acaso la dueña? No te daré más que seis terrones de azúcar.

—Y ¿con qué tomará su sobrino el café?

—Con dos terrones, yo me pasaré sin ellos.

—¿Privarse usted del azúcar á su edad? Preferiría comprarla de mi bolsillo.

—Bueno, tú métete en lo que te importe.

A pesar de su bajo precio, el azúcar seguía siendo para el tonelero el más caro de los productos coloniales, y para él seguía estando á seis francos la libra. La obligación de ahorrarla en que se había visto la gente en tiempo del Imperio se había convertido en el más indeleble de sus hábitos. Todas las mujeres, hasta las más estúpidas, saben usar de la astucia para conseguir sus fines; así es que Nanón abandonó la cuestión del azúcar para obtener la torta.

—Señorita, gritó desde la ventana, ¿no quiere usted torta?

—No, no, respondió Eugenia.

—Vamos, Nanón, dijo Grandet al oír la voz de su hija, toma.

Y esto diciendo, abrió la masera en que estaba la harina, le dió una medida y añadió algunas onzas de manteca al pedazo que le había cortado ya.

—Necesitaré leña para calentar el horno, dijo la implacable Nanón.

—Está bien, coge la que necesites, respondió el avaro melancólicamente; pero entonces, haznos una empanada y aprovecha el horno para hacer el resto de la comida, y de ese modo no tendrás que hacer dos fuegos.

—¡Mecachis! ¡no necesita usted decírmelo! exclamó Nanón.

Grandet dirigió á su fiel ministro una mirada casi paternal.

—Señorita, gritó la cocinera, tendremos torta. El padre Grandet se presentó cargado de frutas, y colocó un plato lleno de ellas sobre la mesa de la cocina.

—Vea usted, señor, le dijo Nanón, qué botas más bonitas tiene su sobrino. ¡Qué cuero más bonito y qué bien huele! ¿Con qué se limpiará esto? ¿Tendré que emplear su pasta de huevo?

—Nanón, creo que el huevo estropearía ese cuero. Además, puedes decirle que tú no sabes cómo se lustra el marroquí... sí, es marroquí, y así él mismo comprará en Saumur lo que necesita para lustrar sus botas. He oído decir que se pone azúcar en la pasta para que saque brillo.

—¡Entonces es bueno de comer! dijo la criada llevándoselas á la nariz. ¡Mecachis! ¡mecachis! ¡huele al agua de colonia de la señora! ¡Ah! es extraño!

—¿Extraño? dijo el amo. ¿Sólo te parece extraño poner en las botas más dinero de lo que vale el que las lleva?

—Señor, ¿y no pondrá usted puchero dos veces á la semana ahora que está aquí su sobrino?

—Sí.

—Tendré que ir á la carnicería.

—No, no hay necesidad; harás el caldo con aves que ya te proporcionarán mis inquilinos. Yo voy á decir á Cornoiller que mate algunos cuervos. Esa caza hace el mejor caldo del mundo.

—Y ¿es verdad, señor, que se comen los muertos?

—¡Qué estúpida eres, Nanón! comen lo que encuentran, como todo el mundo. ¿No vivimos

nosotros también de muertos? Pues ¿qué son las herencias?

El padre Grandet, como no tuviese ya que dar más órdenes, sacó su reloj, y, al ver que podía disponer de media hora antes de almorzar, tomó el sombrero, fué á besar á su hija, y le dijo:

—¿Quieres venir á pasearte á orillas del Loira por mis praderas? Tengo que ir allá.

Eugenia fué á ponerse su sombrero de paja forrado de tafetán color rosa, y padre é hija bajaron por la tortuosa calle hasta la plaza.

—¿Adónde va usted tan de mañana? dijo el notario Cruchot encontrándose con Grandet.

—Voy á arreglar un asunto, respondió el avaro, que no se engañó acerca del objeto del paseo matutino de su amigo.

Cuando el padre Grandet iba á arreglar algún asunto, el notario sabía por experiencia que podría ganar algo yendo con él; así es que lo acompañó.

—Venga usted, Cruchot, dijo Grandet al notario. Usted es amigo mío y voy á demostrarle que es una tontería plantar álamos en buenas tierras.

—¡Cómo! y ¿no cuenta los sesenta mil francos que percibió usted por los que plantó en sus praderas del Loira? dijo maese Cruchot abriendo los ojos con asombro. ¡Qué suerte tuvo usted!... Cortar sus árboles en el momento en que faltaba madera blanca en Nantes, y venderlos á treinta francos.

Eugenia escuchaba sin saber que se acercaba el momento más solemne de su vida, y que el

notario iba á hacer que su padre pronunciase acerca de ella una sentencia soberana. Grandet había llegado á las magníficas praderas que poseía á orillas del Loira, donde treinta obreros se ocupaban en limpiar, llenar y nivelar los lugares ocupados antes por los álamos.

—Señor Cruchot, vea usted el terreno que ocupa un álamo, dijo Grandet al notario. Juan, le gritó á un obrero, mi...mi...mide con la toesa en to...to...to...todos los sentidos.

—Cuatro veces ocho pies, respondió el obrero después de haber medido.

—Treinta y dos pies de pérdida, dijo Grandet á Cruchot. Yo tenía en esta línea cien álamos, ¿verdad? A...a...a...ahora bien, tres...trescient... cien...cientas ve...ve...veces treinta y...y...y dos pies me co...co...co...comían qui...qui...quinientos ha...ha...haces de heno; añada usted dos ve...ve...veces más de...de...de los lados y son mil qui...qui...quinientos haces.

—Pues bien, dijo Cruchot para ayudar á su amigo, mil haces de heno valen unos seiscientos francos.

—Que...que...querrá usted de...de...decir mil...mil dos...dos...doscientos con...con...contando los tres ó...ó...ó cuatrocientos...cientos de ganancia. A...a...ahora bien, cal...cal...cal... calcule usted lo que...que...que dan mil dos... dos...doscientos francos al año du...du...rante cuarenta a...a...a...años con...con los in...in... in...têreses com...com...com...puestos que...que usted sa...sa...sa...be...

—Son sesenta mil francos, dijo el notario.

—¡Ya lo creo! So...so...la...la...mente eso,

sesenta mil francos. Pues bien, repuso el viñero sin tartamudear, dos mil álamos en cuarenta años no dan más que cuarenta mil francos. Hay pérdida. ¡Ya me parecía á mí! dijo Grandet hablando de una manera irritada. Juan, repuso, llena todos los agujeros, excepto los de la orilla del Loira, donde plantarás los álamos que compré. Poniéndolos en la orilla, se alimentarán á expensas del gobierno, añadió volviéndose hacia Cruchot é imprimiendo al lobanillo de su nariz un movimiento que equivalía á la sonrisa más irónica.

—¡Es claro! los álamos no deben plantarse mas que en terrenos estériles, dijo Cruchot estupefacto al oír los cálculos de Grandet.

—Sí...sí se...se...ñor, respondió irónicamente el tonelero.

Eugenia, que contemplaba el sublime paisaje del Loira sin escuchar los cálculos de su padre, no tardó en prestar atención á las palabras de Cruchot al oír que éste le decía á su padre:

—Vaya, ya ha traído usted el yerno de París. En todo Saumur no se habla más que de su sobrino. ¿Me tocará extender pronto sus contratos, padre Grandet?

—¿Ha...ha...ha sa...sa...lido usted tem... tem...tem...prano de...de ca...ca...ca...sa pa... pa...ra de...de...decirme eso? repuso Grandet acompañando esta reflexión de un movimiento de lobanillo. Pues bien, a...a...a...migo mío, le...le...le se...se...se...ré á usted fran...fran...co y le diré lo...lo...lo que usted de...de...de...sea sa...sa...ber. Pre...pre...pre...feriría a...a...a... arrojar á...á...á mi... mi hija al Loi...Loira...

que dár...dár...dár...se...la á su pri...pri...pri...mo; ya pue...pue...pue...de usted de...de...de...cirlo á to...to...to...do el mundo. Pero no, de...de...de...je usted á...á...á... la gen...gen...te que...que...que hable.

Esta respuesta causó una gran pena á Eugenia. Las lejanas esperanzas que empezaban á despuntar en su corazón florecieron de pronto, se realizaron y formaron un haz de flores que no tardó en ver cortadas y marchitas. Desde la víspera pensaba en Carlos, soñando con él esa dicha que une las almas; y en lo sucesivo, el sufrimiento iba á corroborar aquella dicha. ¿No es propio del modo de ser de la mujer el conmoverse más ante las pompas de la miseria que ante los esplendores de la fortuna? ¿De qué crimen era culpable Carlos? ¡Cuestiones misteriosas! Su amor naciente, que es un misterio tan profundo, empezaba á rodearse ya de misterios. Agitada por convulsivo temblor, la joven llegó á su sombría calle, que tan alegre le pareció un momento antes, y la encontró triste, respirando en ella la melancolía que el tiempo y las cosas habían impreso en aquel paraje. A algunos pasos de la casa, Eugenia se anticipó á su padre y le esperó en la puerta después de haber llamado. Pero Grandet, que veía en la mano del notario un periódico cerrado aún, le dijo:

—¿Cómo están los fondos?

—Grandet, usted no quiere hacerme caso, le respondió Cruchot. Compre usted pronto, que aun se puede ganar un veinte por ciento en dos años, además de los intereses. Se pueden adquirir cinco mil francos de renta por ochenta mil

francos. Los fondos están á ochenta francos cincuenta.

—Ya veremos eso, respondió Grandet frotándose la barba.

—¡Dios mío! dijo el notario que acababa de leer el periódico.

—¿Qué hay? exclamó Grandet en el momento en que Cruchot le metía el periódico por los ojos diciéndole: «¡Lea usted este artículo!»

«El señor Grandet, que era uno de los negociantes más estimados de París, se levantó ayer la tapa de los sesos, después de haber hecho su acostumbrada aparición en la Bolsa. Antes envió su dimisión al presidente de la Cámara de diputados, y dimitió, asimismo, su cargo de juez del tribunal de comercio. Las quiebras de su agente de Bolsa y de su notario, los señores Roguín y Souchet, le arruinaron. La consideración de que gozaba el señor Grandet y su crédito eran tales, que sin duda hubiese encontrado apoyo en la plaza de París. Es de lamentar que este hombre honrado se haya dejado llevar de su primer momento de desesperación, etc.»

—Ya lo sabía, dijo el anciano viñero al notario.

Estas palabras helaron de espanto al señor Cruchot, el cual, á pesar de su impasibilidad de notario, sintió frío en la espalda al pensar que el Grandet de París había implorado en vano, sin duda, los millones del Grandet de Saumur.

—¡Y su hijo que estaba tan contento ayer!

—Aun no sabe nada, respondió Grandet con la misma calma.

—Adiós, señor Grandet, dijo Cruchot, que lo comprendió todo y marchó á tranquilizar al presidente Bonfons.

Al volver á su casa, Grandet encontró el almuerzo dispuesto. La señora Grandet, á cuyo cuello saltó Eugenia para abrazarla con esa viva efusión del corazón que nos causa un pesar secreto, estaba ya sentada en su silla y hacía mitones para el invierno.

—Ya pueden ustedes almorzar, dijo Nanón bajando las escaleras de cuatro en cuatro. El señorito duerme como un querubín. ¡Qué guapo está con los ojos cerrados! He entrado y le he llamado; pero como si no.

—¡Déjale dormir! dijo Grandet. Siempre se despertará bastante temprano para recibir malas noticias.

—Pues ¿qué ocurre? preguntó Eugenia echando al café sus dos terrones de azúcar, que pesaban no sé cuántos gramos y que su padre se entretenía en cortar en sus ratos de ocio.

La señora Grandet, que no se había atrevido á hacer esta pregunta, miró á su marido.

—Su padre se ha levantado la tapa de los sesos.

—¡Mi tío! dijo Eugenia.

—¡Pobre joven! exclamó la señora Grandet.

—Sí, y tan pobre, que no posee ni un céntimo, repuso Grandet.

—Pues él duerme como si fuera el rey de la tierra, dijo Nanón con triste acento.

Eugenia cesó de comer. Su corazón se oprimió como se oprime el corazón de una mujer cuando la compasión, excitada por la desgracia

de aquel á quien ama, se apodera por completo de su alma. La joven lloró.

—Si no conoces á tu tío, ¿por qué lloras? le dijo su padre dirigiéndole una de aquellas miradas de tigre furioso que debía dirigir, sin duda, á sus montones de oro.

—Pero, señor, dijo la criada, ¿quién no ha de sentir piedad por ese joven que duerme como un tronco ignorando su suerte?

—Nanón, ahora no te hablo á ti; ¡cállate!

En aquel momento Eugenia aprendió que la mujer que ama debe disimular siempre sus sentimientos, y no respondió.

—Señora Grandet, espero que hasta mi vuelta no le diréis nada, dijo el anciano continuando. Tengo que ir á ver mis praderas, volveré al mediodía para el segundo almuerzo, y entonces hablaré con mi sobrino de sus asuntos. Respecto á ti, señorita Eugenia, si es por ese petimetre por quien lloras, te advierto que no quiero ver más que te interesas por él, pues partirá á toda prisa para las Indias, y no lo verás más.

El padre tomó los guantes del ala de su sombrero, se los puso con su acostumbrada calma y salió.

—¡Ah! ¡mamá, me ahogo! exclamó Eugenia cuando estuvo sola con su madre, ¡jamás he sufrido de este modo!

La señora Grandet, al ver que su hija palidecía, abrió la ventana y la hizo respirar el aire libre.

—Ya estoy mejor, dijo Eugenia después de un momento.

Esta emoción nerviosa en una naturaleza tan

tranquila y fría hasta entonces, en apariencia, llamó la atención de la señora Grandet, la cual miró á su hija con esa intuición simpática de que están dotadas las madres para el objeto de su ternura, y lo adivinó todo. A decir verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras, pegadas una á otra por un error de la naturaleza, no fué más íntima que la de Eugenia y la de su madre, las cuales estaban siempre juntas en el alféizar de aquella ventana, juntas en la iglesia y respirando siempre la misma atmósfera.

—¡Pobre hija mía! dijo la señora Grandet tomando por la cabeza á su hija para apoyarla contra su seno.

Al oír estas palabras, la joven levantó la cabeza, interrogó á la madre con una mirada, escudriñó sus más secretos pensamientos, y le dijo:

—¿Por qué mandarlo á las Indias? Si es desgraciado, ¿no debe quedarse aquí? ¿No es nuestro pariente más próximo?

—Sí, hija mía, eso sería muy natural; pero tu padre tiene sus razones, y nosotros debemos respetarlas.

La madre y la hija quedaron silenciosas, se sentaron, la una en su silla y la otra en su sofá, y reanudaron su trabajo. Llena de agradecimiento al ver la admirable armonía que existía entre su corazón y el de su madre, Eugenia le besó la mano, diciéndole:

—¡Qué buena eres, mamá querida!

Estas palabras hicieron resplandecer de alegría aquel rostro maternal, marchito por tantos dolores.

—¿No te agrada á ti también? le preguntó Eugenia.

La señora Grandet respondió con una sonrisa, y, después de un momento de silencio, le dijo en voz baja:

—¿Le amas ya acaso? harías mal.

—¿Mal? repuso Eugenia, y ¿por qué? Te agrada á ti, le agrada á Nanón, y ¿por qué no me habla de agradar á mí? Mira, mamá, pongamos la mesa para su almuerzo.

Y esto diciendo, dejó su labor, y la madre hizo otro tanto, exclamando:

—¡Estás loca!

Pero se complació en justificar la locura de su hija participando de ella.

Eugenia llamó á Nanón.

—¿Qué desea usted, señorita?

—¿Tendremos crema para el mediodía, Nanón?

—¡Ah! para el mediodía sí, respondió la anciana criada.

—Pues bien, hazle el café bien cargado, pues yo he oído decir á los señores de Grassins que en París se toma el café muy cargado. Ponle mucho.

—Y ¿dónde quiere usted que lo busque?

—Cómpralo.

—¿Y si el señor me encuentra?

—No, ha ido á los prados.

—Pues voy á escape. Pero el señor Fessard, al darme ayer la bujía, me preguntó si teníamos en casa á los tres reyes magos. Toda la villa va á hablar de nuestros despilfarros.

—Si tu padre llega á notar algo, es capaz de pegarnos, dijo la señora Grandet.

—Pues bien, si nos pega, recibiremos sus golpes de rodillas.

La señora Grandet levantó los ojos al cielo al oír esta respuesta. Nanón tomó su cofia y salió. Eugenia puso un mantel limpio en la mesa, se fué á buscar algunos racimos que se había divertido en colgar del techo del granero, recorrió de puntillas el pasillo para no despertar á su primo, y no pudo resistir al deseo de escuchar á su puerta la respiración rítmica que se escapaba del pecho de Carlos.

—Hoy la desgracia vela su sueño, se dijo Eugenia.

Después la joven tomó las hojas más verdes de la parra, arregló su racimo con tanto arte como pudiera haberlo hecho el mejor repostero, lo llevó triunfalmente á la mesa, é hizo otro tanto con las peras contadas por su padre, disponiéndolas en forma de pirámide. Eugenia iba y venía, trotaba y saltaba, y hubiera querido desvalijar la casa de su padre; pero no tenía las llaves. Nanón volvió con dos huevos frescos, y Eugenia, al verlos, sintió deseos de saltarle al cuello para abrazarla.

—El inquilino de la Landa los tenía en su gallinero, y, al pedirselos, me los ha dado para estar bien conmigo.

Después de dos horas de cuidados, durante las cuales Eugenia dejó veinte veces la labor para ir á ver como hervía el café y para escuchar el ruido que hacía su primo al levantarse, la joven logró prepararle un almuerzo sencillo y poco costoso, pero que derogaba terriblemente las inveteradas costumbres de la

casa. El almuerzo del mediodía se hacía en aquel hogar de pie. Cada cual tomaba un poco de pan, una fruta ó manteca, y bebía un vaso de vino. Al ver la mesa colocada al lado del fuego y uno de los sofás puesto delante del cubierto de su primo, y al contemplar los dos platos de frutas, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar colocado en un platillo, Eugenia tembló pensando únicamente en las miradas que le dirigiría su padre si llegaba á entrar en aquel momento; así es que la joven miraba con frecuencia el reloj á fin de calcular si su primo podría almorzar antes de que volviese el avaro.

—No tengas cuidado, Eugenia, si viene tu padre, le diré que todo eso es cosa mía.

Eugenia no pudo contener una lágrima.

—¡Oh! mamá, ¡qué buena eres! exclamó Eugenia. Ahora veo que no te he querido todo lo que debía.

Carlos, después de haber dado mil vueltas por su cuarto tarareando mil canciones, bajó. Por fortuna, no eran más que las once. El parisiense se había vestido con tanto cuidado como si se encontrase en el castillo de la noble dama que viajaba por Escocia, y entró con ese aire afable y risueño que tan bien sienta á la juventud y que causó un triste goce á Eugenia. Carlos había tomado á broma el desastre de los castillos de su tío, y saludó muy alegremente á sus parientas, diciéndoles:

—¿Ha pasado usted bien la noche, querida tía? ¿y usted, prima mía?

—Muy bien, ¿y usted, señor? dijo la señora Grandet.

—Yo, perfectamente.

—Primo, debe usted tener hambre, dijo Eugenia, siéntese usted á la mesa.

—¡Pero si no almuerzo nunca hasta el mediodía, que es la hora en que me levanto! Sin embargo, me trataron tan mal por el camino, que tomaré algo. Por otra parte...

Y sacó el reloj más delicioso que Breguet había hecho en su vida.

—¡Toma! ¡si son las once! hoy he estado madrugador.

—¡Madrugador! dijo la señora Grandet.

—Sí, pero es que quería arreglar mis cosas. Bueno, comeré con mucho gusto cualquier cosa, una insignificancia, un pollo, un perdigón.

—¡Virgen santa! gritó Nanón al oír estas palabras.

—¡Un perdigón! se decía Eugenia, que hubiera querido pagarlo con todo su peculio.

—Venga usted á sentarse, le dijo su tía.

El petimetre se dejó caer sobre el sofá como una mujer hermosa en su diván. Eugenia y su madre tomaron sillas y se colocaron á su lado delante del fuego.

—¿Viven ustedes siempre aquí? dijo Carlos, encontrando la sala más fea aún á la luz del día que á la luz de las velas de sebo.

—Siempre, respondió Eugenia mirándole, excepto en la época de las vendimias, en que vamos á ayudar á Nanón y nos albergamos en la abadía de Noyers.

—Y ¿no se pasean ustedes nunca?

—Algunas veces, los domingos, después de las vísperas, cuando hace buen tiempo, vamos

hasta el puente ó á ver los henos en tiempo de la siega, contestó la señora Grandet.

—Y ¿no hay aquí teatro?

—¡Ir al teatro á ver comediantes! exclamó la señora Grandet. Pero, señor, ¿no sabe usted que eso es un pecado mortal?

—Tenga usted, señorito, dijo Nanón sirviéndole los huevos, le daremos á usted los pollos pasados por agua.

—¡Ah! ¿huevos frescos? dijo Carlos, que, como todas las gentes acostumbradas al lujo, no pensaba ya en el perdigón. ¡Magnífico! Si tuviera usted un poco de manteca, querida mía...

—¡Ah! ¡manteca! entonces se quedará usted sin torta, dijo la criada.

—Vamos, dale manteca, Nanón, exclamó Eugenia.

La joven contemplaba á su primo cortando el pan y experimentaba tan gran placer como el que siente la modista más sensible de París viendo representar un melodrama en que triunfa la inocencia; bien es verdad que Carlos, educado por una madre elegante y perfeccionado por una mujer distinguida, tenía movimientos coquetos y delicados como una damisela.

La piedad y la ternura de una joven poseen una influencia verdaderamente magnética; así es que Carlos, al ver que era objeto de las atenciones de su prima y de su tía, no pudo sustraerse á la influencia de los sentimientos que se dirigían hacia él y le inundaban, por decirlo así, y dirigió á Eugenia una de esas miradas llenas de bondad y de caricias que parecen una sonrisa. Contemplando á Eugenia, llamóle la atención

la exquisita armonía de las facciones de aquel rostro puro, su inocente actitud y la limpidez mágica de los ojos, donde se reflejaban nacientes pensamientos de amor y deseo, sin mezcla de voluptuosidad.

—En verdad, prima querida, que si estuviese usted en un palco de la Ópera, vestida con elegancia, le garantizo que mi tía tendría razón, pues haría usted cometer muchos pecados de deseo á los hombres y de envidia á las mujeres.

Este cumplido, aunque no hubiese sido completamente comprendido por Eugenia, hizo palpar su corazón de alegría.

—¡Oh! primo mío, usted quiere burlarse de una pobre provinciana.

—Si me conociese usted, sabría que aborrezco las burlas, porque entiendo que hieren todos los sentimientos.

Y esto diciendo, se zampó agradablemente su tostada de manteca.

—No, yo tengo poca gracia para burlarme de los demás, y este defecto me hace mucho daño. En París hay quien asesina á un hombre, diciéndole: «¡Tiene muy buen corazón!» pues esta frase quiere decir: «El pobre muchacho es estúpido como un rinoceronte». Pero como soy rico y todo el mundo sabe que derribo un muñeco á treinta pasos con toda clase de pistolas y al aire libre, los burlones me respetan.

—Sobrino mío, lo que usted dice demuestra que tiene buen corazón.

—¡Qué anillo más bonito tiene usted! exclamó Eugenia. ¿Tiene inconveniente en enseñármelo?

Carlos se quitó el anillo, extendió el brazo, y Eugenia se puso roja como la grana al rozar con la punta de los dedos las rosadas uñas de su primo.

—Mamá, ¡mire usted qué trabajo más hermoso!

—¡Oh! ¡y tiene mucho oro! dijo Nanón trayendo el café.

—¿Qué es eso? preguntó Carlos riéndose y señalando un puchero oblongo, de tierra negra barnizada, con baño interior de porcelana, rodeado de una franja de ceniza y en cuyo fondo caía el café volviendo á la superficie del agua hirviendo.

—Es café hervido, dijo Nanón.

—¡Ah! querida tía, espero que al menos podré dejar alguna huella bienhechora de mi paso por aquí. ¡Viven ustedes muy atrasados! Yo les enseñaré á ustedes á hacer buen café en una cafetera del sistema Chaptal.

É intentó explicarles la manera de manejar esta cafetera.

—¡Ah! vaya, si cuesta tanto trabajo, dijo Nanón, tendría que pasar la vida haciendo café. ¡Mecachis! ¿quién daría hierba á las vacas mientras yo hiciese café?

—Yo, dijo Eugenia.

—Niña, dijo la señora Grandet mirando á su hija.

Al oír estas palabras, que recordaban la pena que no tardaría en agobiar á aquel desgraciado joven, las tres mujeres se callaron y le contemplaron con un aire de conmiseración que chocó á Carlos.

—¿Qué tiene usted, prima mía?

—¡Silencio! dijo la señora Grandet á su hija cuando ésta iba á responder. Ya sabes, hija mía, que tu padre se ha encargado de hablar á este señor...

—Carlos, dijo el joven Grandet.

—¡Ah! ¿se llama usted Carlos? ¡qué nombre más bonito! dijo Eugenia.

Las desgracias presentidas ocurren casi siempre. En este momento, Nanón, la señora Grandet y Eugenia, que no pensaban sin temblar en la vuelta del antiguo tonelero, oyeron un alabonazo que les era muy conocido.

—¡Ahí está papá! dijo Eugenia.

Y quitó el platillo del azúcar dejando algunos trozos sobre el mantel. Nanón se llevó la huevera, la señora Grandet se irguió como una corza asustada, en una palabra, hubo allí un pánico del que Carlos se asombró sin poder explicárselo.

—Pero ¿qué tienen ustedes? les preguntó el joven.

—Que está ahí papá, dijo Eugenia.

—Y ¿qué?...

El señor Grandet entró, fijó sus penetrantes ojos en la mesa y en Carlos, lo vió todo, y dijo sin tartamudear:

—¡Ah! ¿ha agasajado usted á su sobrino? ¡Está bien, muy bien, admirablemente! dijo sin tartamudear. Cuando los gatos corren por los tejados, los ratones danzan por las tarimas.

—¡Agasajado! pensó Carlos incapaz de sospechar el régimen y las costumbres de aquella casa.

—Tráeme la manteca, Nanón, dijo el viejo avaro.

Eugenia le trajo la manteca, y Grandet sacó del bolsillo una navaja, cortó una rebanada de pan, tomó un poco de manteca, la extendió cuidadosamente sobre la rebanada, y se puso á comer de pie. En este momento, Carlos ponía azúcar á su café. El padre Grandet vió los terrones de azúcar, examinó á su mujer, que palideció, y aproximándose al oído de la pobre anciana, le dijo:

—¿De dónde habéis sacado ese azúcar?

—Como no había, Nanón ha ido á buscarla á casa de Fessard.

Es imposible figurarse el profundo interés que esta escena muda tenía para las tres mujeres. Nanón había dejado la cocina y miraba por la puerta de la sala para ver en qué pararía aquello. Carlos, que había probado el café, lo encontró demasiado amargo y buscó el platillo que Grandet se había apresurado á coger.

—¿Qué quiere usted, sobrino? le dijo el buen hombre.

—El azúcar.

—Ponga usted más leche al café, y así se endulzará, respondió el dueño de la casa.

Eugenia tomó el platillo del azúcar que Grandet se disponía á guardar y lo puso sobre la mesa, contemplando á su padre tranquilamente. La parisiense que, para facilitar la fuga de su amante, sostiene con sus débiles brazos una escala de seda, no demuestra ciertamente más valor del que demostró Eugenia colocando el azúcar sobre la mesa. El amante recompensará á su

parisiense que le mostrará orgullosamente un hermoso brazo acardenalado, cada una de cuyas venas será bañada de lágrimas y curada con besos y con placer; mientras que Carlos no debía conocer nunca el secreto de las profundas agitaciones que destrozaban el corazón de su prima, anonadada á la sazón bajo el peso de la mirada del antiguo tonelero.

—Y ¿tú no comes, mujer? dijo Grandet á su esposa.

La pobre ilota dió algunos pasos hacia la mesa, cortó piadosamente un pedazo de pan y tomó una pera. Eugenia ofreció audazmente á su padre sus uvas, diciéndole:

—¡Pruébalas, papá! Usted también comerá, ¿verdad, primo? He ido á buscarlas al desván nada más que por usted.

—¡Oh! si las dejasen, saquearían Saumur por usted, sobrino mío. Cuando haya usted acabado, iremos juntos al jardín, pues tengo que decirle cosas amargas.

Eugenia y su madre dirigieron á Carlos una mirada cuyo significado comprendió perfectamente el joven.

—¿Qué significan esas palabras, tío mío? Desde la muerte de mi pobre madre... (y al decir esto, su voz se enterneció) ya no hay desgracia posible para mí.

—Sobrino mío, ¿quién es capaz de conocer las aflicciones con que Dios nos pone á prueba? le dijo su tía.

—Ta, ta, ta, dijo Grandet, ya empiezan las tonterías. Sobrino, yo veo con pena sus hermosas y blancas manos, añadió mostrándole las

callosas y velludas manos que pendían de sus brazos. Aquí tiene usted manos hechas para amontonar escudos. Usted está acostumbrado á calzarse botas hechas con la piel con que se fabrican las carteras en que nosotros guardamos nuestras letras comerciales. ¡Malo, malo! ¡muy malo!

—¿Qué quiere usted decir, tío? ¡Que me cuelguen si comprendo una palabra!

—Venga usted, dijo Grandet.

El avaro cerró su navaja, bebió el resto de su vino blanco y abrió la puerta.

—Primo mío, ¡valor!

El acento de la joven heló á Carlos, el cual siguió á su terrible tío en medio de mortales inquietudes. Eugenia, su madre y Nanón se fueron á la cocina movidas por la invencible curiosidad de espiar á los dos actores de la escena que iba á desarrollarse en el húmedo jardinito, donde el tío dió algunos pasos en silencio con el sobrino. Grandet no sentía embarazo para comunicar á Carlos la muerte de su padre; pero experimentaba una especie de compasión al verlo arruinado y buscaba fórmulas para suavizar la impresión de esta cruel verdad. Para él no era nada el decirle: «¡Ha perdido usted á su padre!» pues los padres mueren antes que los hijos; pero en cambio, todas las desgracias de la tierra estaban, á su parecer, encerradas en estas palabras: «¡Está usted arruinado!» El avaro daba por tercera vez la vuelta al jardín, cuya arena crujía bajo sus pies. En los grandes acontecimientos de la vida, nuestra alma siente un gran apego por los lugares en que los placeres ó las penas nos han sido

comunicadas; así es que Carlos examinaba con particular atención los bajos de aquel jardinito, las pálidas hojas que caían, los agujeros de las paredes y los árboles frutales, detalles todos pintorescos que habían de quedar grabados en su memoria y mezclados eternamente con aquella hora suprema, gracias á esa mnemotecnia propia de las pasiones.

—Hace calor, está un tiempo hermoso, dijo Grandet aspirando una gran bocanada de aire puro.

—Sí, tío; pero ¿para qué...?

—Verás, hijo mío, repuso el tío, tengo que comunicarte malas nuevas. Tu padre está muy malo.

—Y ¿cómo estoy yo aquí aún? exclamó Carlos. ¡Nanón, vaya usted á avisar los caballos á la posta! Me parece que podré encontrar un coche en el pueblo, añadió volviéndose hacia su tío, que permanecía inmóvil.

—Los caballos y el coche son inútiles, respondió Grandet mirando á Carlos, que permaneció mudo y cuyos ojos adquirieron una fijeza particular. Sí, hijo mío, sabe que ha muerto; pero eso no es nada, hay algo más grave, se ha levantado la tapa de los sesos.

—¡Mi padre!

—Sí, pero eso no es nada. Los periódicos lo comentan como si tuvieran derecho á ello. Toma, lee!

Grandet, que había pedido el periódico á Cru-
chot, presentó el fatal artículo ante los ojos de Carlos. En este momento el pobre joven, que era un niño aún y que estaba en la edad en

que los sentimientos se manifiestan con sencillez, rompió en amargo llanto.

—Vamos, bien, se dijo Grandet; sus ojos me asustaban, pero cuando llora, ya está salvado. Eso no es nada aún, sobrino mío, repuso Grandet en voz alta sin saber si Carlos le escuchaba; eso no es nada, ya te consolarás.

—¡Nunca! ¡nunca! ¡padre mío! ¡papá querido!

—Te ha arruinado, te ha dejado sin un céntimo.

—¿Qué me importa eso? ¿Dónde está mi padre?... ¿mi padre?...

El llanto y los sollozos resonaron en medio de aquellas paredes y fueron repetidos por los ecos. Las tres mujeres, apiadadas, lloraban. Las lágrimas son tan contagiosas como la risa. Carlos, sin escuchar á su tío, se fué al patio, tomó la escalera, subió á su cuarto y se arrojó sobre su cama metiendo la cabeza entre las sábanas para llorar á su gusto lejos de sus parientes.

—Hay que dejar pasar los primeros momentos, dijo Grandet volviendo á la sala, donde Eugenia y su madre habían recobrado bruscamente sus asientos y trabajaban con temblorosa mano, después de haberse enjugado los ojos. Pero ese joven no sirve para nada: ¡se ocupa más del muerto que del dinero!

Al ver que su padre juzgaba de aquel modo el más santo de los dolores, Eugenia se estremeció, y desde aquel momento empezó á formarse un concepto cabal acerca del autor de sus días. Aunque apagados, los sollozos de Carlos resonaban en aquella sonora casa, y su sentido llanto, que parecía salir de debajo de tierra, no cesó hasta

la noche, después de haberse ido debilitando gradualmente.

—¡Pobre joven! dijo la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! El padre Grandet miró á su mujer, á Eugenia y el azucarero, se acordó del extraordinario almuerzo aprestado para el desgraciado pariente, y, plantándose en medio de la sala, dijo con su calma habitual:

—Señora Grandet, espero que no continuará usted sus prodigalidades. Yo no le doy á usted MI dinero para hartar de azúcar á ese extravagante joven.

—No tiene mamá la culpa, sino yo, dijo Eugenia.

—¿Acaso te propones contrariarme porque eres mayor de edad? repuso Grandet interrumpiendo á su hija. Mira, Eugenia...

—Papá, el hijo de su hermano no debía carecer en su casa de...

—Ta, ta, ta, ta, dijo el tonelero en los cuatro tonos cromáticos, el hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá. Carlos no es nada para nosotros: no tiene donde caerse muerto, su padre ha hecho quiebra; y cuando ese petimetre haya llorado lo bastante, se largará de aquí; no quiero que revolucione mi casa.

—Papa, ¿qué es eso de hacer quiebra? preguntó Eugenia.

—Hacer quiebra es cometer la acción más deshonrosa de todas las que pueden deshorrar á un hombre, respondió el padre.

—Pues debe ser un pecado bien grande, y nuestro hermano estará condenado, dijo la señora Grandet.

—Vamos, ya empiezas con tu letania, dijo el avaro encogiéndose de hombros. Hacer quiebra, Eugenia, es cometer un robo que, por desgracia, está protegido por la ley. Hay gente que ha dado sus mercancías á Guillermo Grandet confiando en su reputación de honradez y de probidad, y después él se lo ha comido todo, y no les deja más que los ojos para llorar. El ladrón de caminos es preferible al que hace quiebra: aquél le ataca á uno, permite defenderse y arriesga su vida; pero el otro... En fin, Carlos está deshonorado.

Estas palabras causaron á la joven un profundo dolor. Eugenia, que era tan honrada como delicada es la flor nacida en el interior de un bosque, no conocía las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus sofismas, y aceptó la atroz explicación que su padre le daba á intento acerca de la quiebra, sin darle á conocer la distinción que existe entre una quiebra forzosa y una quiebra fraudulenta.

—Y ¿no pudo usted impedir esa desgracia, papá?

—Mi hermano no me consultó; por otra parte, debía cuatro millones.

—Y ¿cuánto es un millón, papá? preguntó Eugenia con la sencillez de una niña que cree encontrar en seguida lo que desea.

—¡Un millón! dijo Grandet, es un millón de monedas de veinte perras chicas, y se necesitan cinco monedas de veinte perras chicas para componer un duro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Eugenia, ¿cómo había hecho mi tío para reunir cuatro

millones? ¿Hay alguna persona en Francia que pueda tener tanto dinero?

El padre Grandet se acariciaba la barba, se sonreía y su lóbanillo parecía dilatarse.

—Y ¿qué va á ser de mi primo Carlos?

—Se marchará á las Indias á hacer fortuna, según los últimos deseos de su padre.

—Pero ¿ya tiene dinero para marcharse?

—Yo le pagaré el viaje... hasta... sí, hasta Nantes.

Eugenia abrazó á su padre, diciéndole:

—¡Ah! papá, ¡qué bueno es usted!

La joven abrazaba de un modo á Grandet, que éste, que empezaba á sentir ciertos remordimientos de conciencia, se sintió avergonzado.

—¿Se necesita mucho tiempo para reunir un millón? preguntó Eugenia.

—¡Diantre! ¿ya sabes lo que es un napoleón? pues bien, se necesitan cincuenta mil para formar un millón.

—Mamá, haremos algunas novenas por él.

—Ya pensaba en ello, hija mía, respondió la madre.

—Sí, justo, siempre gastar dinero, exclamó el padre. ¿Creéis acaso que hay aquí el oro y el moro?

En este momento, un sordo quejido, más lúgubre que todos los demás, resonó en la buhardilla y heló de espanto á Eugenia y á su madre.

—Nanón, sube arriba á ver si ese hombre se mata, dijo Grandet.

—¿Qué es eso? repuso volviéndose hacia su mujer y su hija, que habían palidecido al oír sus palabras; mucho cuidado con hacer tonte-

rias, ¿eh? Bueno, os dejo, voy á hablar con los holandeses, que se marchan hoy, y después iré á ver á Cruchot para consultar con él este asunto.

Y salió. Cuando Grandet hubo cerrado la puerta, Eugenia y su madre respiraron á sus anchas. Hasta este día, la hija no se había sentido nunca molesta en presencia de su padre; pero hacía ya algunas horas que sus ideas y sus sentimientos habían cambiado por completo.

—Mamá, ¿cuántos luises dan por un tonel de vino?

—Hija mía, por lo que he oído decir, tu padre vende los suyos entre cien y ciento cincuenta francos, y á veces á doscientos.

—Y cuando recoge mil cuatrocientos toneles de vino, ¿cuánto le dan?

—No lo sé, hija mía, tu padre no me habla nunca de sus negocios.

—Pero entonces, papá debe estar rico.

—¡Quizá! pero el señor Cruchot me dijo que había comprado Froidfond hace dos años, y eso había agotado sus recursos.

Eugenia, al ver que no podía comprender la fortuna de su padre, se detuvo aquí en sus cálculos.

—¡Ni siquiera me ha visto el pobre chico! dijo Nanón volviendo. Está tendido como un buey sobre la cama, y llora como una Magdalena, que es una bendición. ¡Qué pena más grande para ese guapo señorito!

—Mamá, vamos en seguida á consolarle, y si llaman bajaremos.

La señora Grandet no tuvo valor para resistir á la voz angelical de su hija. Eugenia estaba su-

blime, era toda una mujer. Madre é hija, con el corazón palpitante, subieron al cuarto de Carlos. La puerta estaba abierta, el joven no veía ni oía nada. Sumido en amargo llanto, lanzaba inarticulados lamentos.

—¡Cuánto quiere á su padre! dijo Eugenia en voz baja.

Por el acento con que fueron pronunciadas estas palabras era imposible dejar de ver las esperanzas de un corazón apasionado. Así es que la señora Grandet dirigió á su hija una cariñosa mirada, y le dijo al oído:

—Ten cuidado, porque podrías llegar á amarle.

—¿Amarle? repuso Eugenia. ¡Ah! ¡si supieses lo que mi padre ha dicho!

Carlos se volvió y vió á su prima y á su tía.

—¡He perdido á mi padre, á mi buen padre! Si él me hubiese confiado el secreto de su desgracia, hubiéramos trabajado juntos para repararla. ¡Dios mío! ¡pobre padre mío! Estaba tan seguro de volver á verle, que hasta me parece que le besé con frialdad al partir.

Los sollozos le cortaron la palabra.

—Nosotras rogaremos por él, dijo la señora Grandet. Confórmese usted con la voluntad de Dios.

—Primo mío, dijo Eugenia, tenga usted valor, su pérdida es irreparable, así es que piense usted ahora en salvar su honor.

Con ese instinto y esa delicadeza que posee la mujer cuando consuela, Eugenia quería alejar el dolor de su primo haciéndole ocuparse de sí mismo.

—¡Mi honor! gritó el joven echándose hacia

arriba los cabellos con brusco movimiento, sentándose en la cama y cruzándose de brazos. ¡Oh! es verdad, según dice mi tío, mi padre ha hecho quiebra.

Y lanzando un grito desgarrador, se tapó la cara con las manos.

—¡Déjenme ustedes, prima, déjenme! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡perdonad á mi padre, que debió sufrir mucho!

La presencia del dolor verdadero, sincero y desinteresado de aquel joven tenía un no sé qué horriblemente interesante. Era el suyo un dolor púdico que los corazones sencillos de Eugenia y su madre comprendieron, cuando Carlos hizo un gesto para pedirles que le dejaran solo. Las dos mujeres bajaron, pues, recobraron silenciosamente sus asientos al lado de la ventana, y trabajaron por espacio de una hora sin decir palabra. Con una sola mirada furtiva que Eugenia había dirigido al cuarto del joven, había visto las bonitas bagatelas de su primo, su cepillo, sus peines, sus tijeras y sus navajas de afeitar con incrustaciones de oro; y aquella vista del lujo en medio de su dolor le hizo á Carlos más interesante aún, sin duda por el contraste. La imaginación de aquellas dos criaturas, sumidas siempre en la calma y la soledad, no había forjado ni presenciado nunca un acontecimiento tan grave, un espectáculo tan dramático como aquel.

—Mamá, nos pondremos luto por mi tío, dijo Eugenia.

—Tu padre decidirá eso, respondió la señora Grandet.

Y volvieron á guardar silencio. Eugenia hacía

los puntos con una regularidad tal, que un observador hubiera deducido de ello los secundos pensamientos que ocupaban su meditación. El primer deseo de aquella adorable joven era participar del duelo de su primo. A eso de las cuatro, un aldabonazo brusco resonó en el corazón de la señora Grandet.

—¿Qué tendrá tu padre? le dijo á Eugenia.

El viñero entró muy contento. Después de quitarse los guantes, se frotó las manos con tanta fuerza que se hubiera levantado la piel si su epidermis no estuviese curtida como la piel de Rusia, aunque no tenía el agradable olor de ésta. Grandet se paseaba, miraba el tiempo y, por fin, descubrió su secreto, diciendo sin tartamudear:

—¡Amiga mía, los he cogido á todos, el vino está ya vendido! Los holandeses y los belgas se marchaban esta mañana, y yo me he paseado por la plaza, delante de su posada, como aquel que está ocioso; ya tengo lo que tú sabes. Los propietarios de todos los buenos viñedos guardan su cosecha y quieren esperar, y yo no les he dicho nada. Nuestro belga estaba desesperado. Yo le he visto, y asunto hecho: toma nuestra cosecha á doscientos francos el tonel, pagando la mitad al contado y en oro. Las letras están ya extendidas y aquí tienes los seis luisés para tí. Dentro de tres meses, los vinos bajarán.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono tranquilo, pero tan profundamente irónico, que los viñeros de Saumur, agrupados en aquel momento en la plaza y anonadados por la nueva venta que acababa de hacer, hubieran

templado si le hubiesen oído. Un pánico horroroso hubiera hecho bajar el precio de los vinos en un cincuenta por ciento.

—Papá, este año tiene usted mil toneles, ¿verdad? dijo Eugenia.

—Sí, hijita.

Este diminutivo era la expresión superlativa con que el anciano tonelero expresaba su mayor gozo.

—Pues eso hace doscientas mil piezas de veinte perras chicas.

—Sí, señorita Grandet.

—Pues bien, papá, entonces ya puede usted socorrer á Carlos.

El asombro, la cólera y la estupefacción de Baltasar al ver el *Mane-Thecel-Phares* no podrían compararse con la fría rabia de Grandet al ver que su sobrino ocupaba el corazón y los cálculos de su hija, cuando ya no se acordaba él siquiera de su desgracia.

—¡Por vida de...! desde que ese petimetre ha puesto el pie en mi casa, todo lo ha trastornado. Os permitís comprar confites y hacer fiestas y festines. No quiero ver que eso se repite. A mi edad, me sobra saber cómo debo obrar. ¡Qué diablo! Por otra parte, no tengo que recibir lecciones de mi hija ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que sea conveniente, y vosotros no tendréis nada que ver. Respecto á ti, Eugenia, añadió volviéndose hacia su hija, no me hables más de él, ó te envío á la abadía de Noyers con Nanón. Y como te atrevas á chistar, ahora mismo. ¿Dónde está ese muchacho? ¿ha bajado ya?

—No, amigo mío, respondió la señora Grandet.

—Pues ¿qué hace?

—Sigue llorando por su padre, respondió Eugenia.

Grandet, que también era un poco padre, miró á su hija sin saber qué responderle. Después de haber dado una ó dos vueltas por la sala, el avaro subió á su despacho para meditar allí acerca de una inversión en fondos públicos. La madera de sus dos mil fanegas de bosque le había dado seiscientos mil francos, y uniendo á esta suma el dinero de los álamos, las rentas del año pasado y del corriente, y los doscientos mil francos de la venta que acababa de hacer, formaban un total de novecientos mil francos. El veinte por ciento de ganancia que podía obtener en poco tiempo comprando papel del Estado, que estaba al setenta, le tentaba. Grandet calculó el importe de la especulación sobre el periódico mismo en que estaba anunciada la muerte de su hermano, oyendo los gemidos de su sobrino sin escucharlos. Nanón fué á golpear á la pared para avisar á su amo, pues la mesa estaba puesta. Cuando llegaba al último pedazo de la escalera, Grandet se decía:

—Ya que podré sacar un interés de un ocho, haré este negocio. En dos años, tendré un millón quinientos mil francos, que podré recoger en París en buen oro. Y bien, ¿dónde está mi sobrino?

—Dice que no quiere comer, respondió Nanón, y eso no es sano.

—Pero es económico, replicó su amo.

—¡Diantre! eso, sí.

—¡Bah! ya se cansará de llorar. El hambre hace salir al lobo del monte.

La comida fué sumamente silenciosa.

—Amigo mío, le dijo la señora Grandet cuando el mantel estuvo quitado, tendremos que ponernos luto.

—En verdad, señora Grandet, que no sabéis qué inventar para gastar dinero. El luto debe estar en el corazón y no en las ropas.

—Pero el luto de un hermano es indispensable, y la Iglesia nos ordena que...

—Compra el luto con tus seis luises. A mí me pondréis una gasa en el sombrero y otra en la manga, y con eso bastará.

Eugenia levantó los ojos al cielo sin decir palabra. Por la primera vez en su vida, sus generosas inclinaciones, adormecidas y comprimidas, pero despertadas de pronto, se veían á cada momento contrariadas. Aquella noche fué semejante en apariencia á las mil noches de su monótona existencia, pero fué ciertamente la más horrible. Eugenia trabajó sin levantar cabeza, y no se sirvió para nada del neceser que Carlos había desdeñado la víspera. La señora Grandet siguió trabajando los mitones. El avaro dió vueltas á sus pulgares durante cuatro horas, abismado en cálculos cuyos resultados habían de asombrar á Saumur al día siguiente. Aquel día nadie fué á visitar á esta familia. En aquel momento, la villa entera comentaba el negocio de Grandet, la quiebra de su hermano y la llegada de su sobrino. Para obedecer á la necesidad de hablar acerca de sus intereses comunes, todos

los propietarios de viñedos de las sociedades grandes y chicas de Saumur estaban en casa del señor de Grassins, donde se pronunciaron terribles imprecaciones contra el antiguo alcalde.

Nanón hilaba, y el ruido de su rueca fué el único sonido que se oyó bajo las vigas grisáceas de la sala.

—Lo que es hoy, poco gastamos la lengua, dijo la criada mostrando sus dientes blancos y gruesos como almendras mondadas.

—Es preciso no gastar nada, ni aun la lengua, respondió Grandet saliendo de sus meditaciones.

El avaro veía en perspectiva ocho millones al cabo de tres años, y bogaba ya por aquel inmenso océano de oro.

—Acostémonos, que ya es hora. Yo iré á darle las buenas noches á mi sobrino por todos, y á ver si quiere tomar algo.

La señora Grandet se quedó en el descansillo del tercer piso para oír la conversación que iba á tener lugar entre Carlos y su marido. Eugenia, más atrevida que su madre, subió dos peldaños más.

—Sobrino mío, está usted apenado; sí, llore, es natural, un padre es un padre. Pero hay que tomar las penas con paciencia; mientras usted llora, yo me ocupo de usted. Vamos, valor, no se apure, yo soy un buen pariente. ¿Quiere usted beber un vaso de vino? El vino, en Saumur, no cuesta nada, y se ofrece aquí vino como en las Indias una taza de té. Pero, dijo Grandet continuando, está usted á obscuras; malo, malo, es preciso ver claro lo que se hace.

Grandet se encaminó á la chimenea.

—¡Calla! exclamo, ¡una bujía! ¿Dónde diablos la habrán buscado? Esos demonios serían capaces de demoler la casa para obsequiar á este muchacho.

Al oír estas palabras, la madre y la hija se fueron á sus cuartos y se metieron en la cama con la celeridad de ratones asustados que entran en sus agujeros.

—Señora Grandet, ¿tiene usted acaso algún tesoro? dijo el avaro entrando en el cuarto de su mujer.

—Amigo mío, espérate, que estoy rezando, respondió con voz alterada la pobre madre.

—¡Llévese el diablo tus oraciones y tu Dios! replicó Grandet gruñendo.

Los avaros no creen en otra vida, y el presente es el todo para ellos. Esta reflexión hace comprender con horrible claridad la época actual, en la que el dinero domina más que nunca las leyes, la política y las costumbres. Instituciones, libros, hombres y doctrinas, todo conspira contra la creencia en una vida futura, creencia en la que se apoya el edificio social hace ya mil ochocientos años. Ahora el ataúd es una transición poco temida. El porvenir que nos esperaba después del *Requiem* ha sido transportado al presente. Llegar por fas ó por nefas al paraíso trestre del lujo y de los vanos goces, petrificar el corazón y macerarse el cuerpo para obtener posesiones pasajeras, como se sufría antes el martirio por los bienes eternos, es el pensamiento general, pensamiento escrito, por lo demás, en todas partes, hasta en las leyes que preguntan

al legislador: «¿Qué pagas?» en lugar de decirle: «¿Qué piensas?» Cuando esta doctrina haya pasado á ser patrimonio del pueblo, ¿qué será del país?

—Señora Grandet, ¿ha acabado usted? le dijo el antiguo tonelero.

—Amigo mío, estoy rogando por ti.

—Está bien, buenas noches, mañana por la mañana hablaremos.

La pobre mujer se durmió como el escolar que, no habiendo estudiado sus lecciones, teme encontrarse al despertar el rostro irritado del maestro. En el momento en que, llena de miedo, se arrebujaba con las sábanas para no oír nada, Eugenia, en camisa y descalza, llegó hasta ella para besarle en la frente.

—¡Ah! mamá querida, mañana le diré que he sido yo.

—No, que te enviaría á Noyers; déjame á mí obrar, que no me comerá.

—¿Oyes, mamá?

—¿Qué?

—Sigue llorando.

—Anda, ve á acostarte, hija mía, que el piso está húmedo y podrías coger frío á los pies.

De este modo pasó el día solemne que debía influir para siempre en la vida de la rica y pobre heredera, cuyo sueño no fué ya en lo sucesivo tan tranquilo y tan puro como lo había sido hasta entonces. Muy frecuentemente, ciertas acciones de la vida humana parecen inverosímiles, á pesar de ser verdaderas. Pero ¿no ocurrirá esto por que se deja casi siempre extender sobre nuestras determinaciones espontáneas una especie de

luz psicológica, explicando únicamente las razones misteriosamente concebidas que las han originado? La profunda pasión de Eugenia debía ser sin duda analizada en sus fibrillas más delicadas, pues se convirtió en una enfermedad é influyó en su existencia futura. Muchas personas prefieren negar los desenlaces, que medir la fuerza de los lazos, de los nudos y de los eslabones que encadenaron secretamente un hecho á otro en el orden moral. Aquí, pues, para los observadores de la naturaleza humana, el pasado de Eugenia justificará la sencillez de su reflexión y la instantaneidad de las efusiones de su alma. Cuanto más tranquila había sido su vida, con más ímpetu se desplegó en su alma la piedad femenina, que es el más ingenioso de los sentimientos. Turbada por los acontecimientos de la víspera, Eugenia se despertó varias veces para escuchar á su primo, creyendo haber oído los suspiros que desde la víspera resonaban en su corazón: tan pronto le veía expirando de dolor, como soñaba que se moría de hambre. Al amanecer, oyó indudablemente una terrible exclamación, é inmediatamente se vistió y corrió con precipitado paso al lado de su primo, que había dejado la puerta abierta. La bujía se había gastado por completo. Carlos, vencido por el cansancio, dormía vestido y sentado en un sofá, con la cabeza apoyada en la cama, y soñaba como sueñan los jóvenes cuando tienen el estómago vacío. Eugenia pudo llorar á su gusto y pudo admirar aquel joven y hermoso rostro, hollado por el dolor, y aquellos ojos hinchados por las lágrimas y que, aun durmiendo, parecían derra-